

En su retroceso tropezó con la puerta, que empujó con violencia, y huyó como un loco, creyendo así librarse de la amenazadora visión. ¡Vano empeño! Corría, corría sin tino, y siempre veía á María á la misma distancia, con su blanco sudario y su corona blanca.

Desembocó en la playa y siguió corriendo. El agua mojó su cuerpo sin que en su trastorno lo notara, y continuó avanzando. Las olas pasaron por encima de su cabeza, arrollándolo por completo. Le parecía que una fuerza irresistible le empujaba hasta las profundidades de aquel mar en cuyo fondo había pedido sepultarse si faltaba á su juramento, y que de él salía una voz de trueno que le gritaba:

— Me perteneces, vén.

El salado elemento jugó un instante con aquel cuerpo ya inerte, y luego lo sepultó en sus entrañas, bajo la tersa superficie en que, mecido por las suaves ondas, había jurado eterna fidelidad á su bienhecho-
ra y su víctima, la infeliz María.



— ¿Se puede? — Entra, Paco

EL NEGOCIO DE UN FATUO

I

En un helado día de invierno, en que el agudo cierzo soplaba con extraordinaria fuerza en la coronada villa, se preservaba de sus rigores Paco Montes, guarecido en confortable y elegante habitación, cómodamente reclinado en un diván y al amor de acariciadora chimenea: en tan cómoda y descansada posición, meditaba seriamente, ya siguiendo con distraída mirada

las espirales de humo que de su aromático cigarro enviaba al techo, ya contemplando el alegre chisporroteo de la chimenea.

Paco era joven, simpático, distinguido, seductor; había sido rico, pero á la sazón sólo contaba con una pequeña renta. El brillante hombre de sociedad conocía sus notables cualidades... físicas; sabía cuánto gustaba al bello sexo, lo admirado que era en los salones, así por su arrogante figura como por su agradable conversación, y pensaba en la manera de sacar partido de tan bellas prendas.

Tras largo rato de completa abstracción, nuestro héroe rompió al fin su silencio con este monólogo:

«La modesta renta que reuno es insuficiente para cubrir mis muchos gastos. Un matrimonio de conveniencia puede sacarme de apuros. Teresa es muy rica, huérfana, bonita, y me amará cuando yo quiera...

»Sí; pero ¿cómo dejar á Adriana, á quien tanto amo y que me adora? Siete años de cariño y de constancia... por su parte, no merecen tan mal pago. ¡Soy su ídolo, ella es mi ilusión! ¡Cuánto sufriríamos rompiendo el lazo que nos une!

»Sin embargo... tengamos juicio, razonemos.

»Con Adriana me vería obligado á ejercer mi profesión de ingeniero, á trabajar para vivir.

»Con Teresa me esperan los goces de la opulencia, la ociosidad de la fortuna. La una me ofrece la dicha del hogar; la otra los placeres de la sociedad brillante. Hay que elegir entre el oro y el amor.»

Pequeña pausa.

«¡Bah! — exclamó en seguida resuelto. — ¡Qué tonto soy! No hay que elegir; no hay tal separación. Con el oro se tienen amores; la riqueza es la dicha, la posesión absoluta de cuanto se desea. Adriana sufrirá algún tiempo: yo también; mas al fin ella olvidará y yo gozaré del mundo y sus encantos.

»Teresa, tuyo soy. Pero... ¿me querrá?»

Aquí la frente del *razonador* se obscureció. Con un rápido movimiento se lanzó ante el espejo. Examinóse de frente, de costado, atusó su negra barba, sonrió de la manera más seductora, y dijo satisfecho:

«Venceré, sí, venceré. Todas me quieren, ella me adorará. No puedo dudarle, siendo así que siempre me ha distinguido con sus expresivos favores. Estoy resuelto; seré rico y feliz. Negocio hecho, y buen negocio, por mi vida: ¡la opulencia, la ociosidad, los placeres!»

Acto seguido se sentó ante una mesa escritorio, añadiendo mientras preparaba papel y pluma:

«No viéndola evitaré vacilaciones y escenas tristes. ¡Adiós, hermosas ilusiones! ¡Adiós, Adriana querida! Mucho siento perderos, mas es preciso.»

Y con la mayor tranquilidad escribió una carta de despedida que terminaba así: «Ya lo ves, Adriana, la necesidad se impone á mis deseos. Una cosa es la ilusión y otra la realidad. A pesar de adorarte, me veré obligado á renunciar á ti. Amor sin dinero es flor sin riego, que pronto muere. Hemos soñado y nos des-

pierta la fría mano del dios oro. Sírvate de consuelo la seguridad de que sufro tanto como tú y que siempre será tuyo el corazón de — PACO.»

Mandó la carta á su destino y se acicaló para comenzar la amorosa campaña.

Y aquel hombre que tan ligeramente rompía sus relaciones de siete años con una joven intachable, no se detuvo un instante á examinar las condiciones morales de la mujer que iba á pretender. ¿Para qué? Sabiendo que era rica, lo demás no le interesaba.

II

No lejos de donde Paco Montes se entregaba á sus ambiciosos proyectos, y en una casa en que todo respiraba bienestar, orden y tranquilidad, dos jóvenes trabajaban en el modesto, pero risueño gabinete, charlando al mismo tiempo con animación: tenemos el gusto de presentarlas á nuestros lectores como la ex amada de Paco y su hermana.

Las dos eran encantadoras, con esa belleza que, sin ser provocativa, seduce, y sin ser perfecta, agrada. Poseían el atractivo de la simpatía con su exterior modesto, sus expresivos ojos y afable trato.

— Por más que asegures, tu Paco no viene hoy — decía la más joven.

— ¡Pues no ha de venir! No pasa él un día sin verme. Estará ocupado y vendrá más tarde.

— Siempre encuentras disculpa. ¡Cuánto le amas!

— ¡Con todo mi corazón, con toda mi alma! En siete años de mutua ternura ha echado tan profundas raíces esta pasión en mi pecho, que es ya parte de mi ser, la savia de mi existencia. Pero él lo merece todo. ¿Verdad, Rosalina, que es digno de mi amor?

Esta sencilla pregunta encerraba alguna duda. No se pregunta lo que se sabe.

— Sí — repuso su hermana con algún embarazo, — así lo creo; pero...

— Vas á decir lo de siempre: que es ligero, poco reflexivo, y aún menos aficionado al honroso trabajo.

— Eso es.

— ¡Bah, hermana mía, defectos de la poca edad, enfermedad endémica en nuestra época! Está en el modo de ser de la sociedad, en la educación actual, creo que hasta en la atmósfera que respiramos. Su cabeza es ligera, mas su corazón excelente. En siete años no me ha causado un disgusto, y el porvenir nos ofrece la dicha más completa. ¿Callas, hermana mía? ¿Dudas de su amor?

— Creo que debe quererte mucho.

— ¡Que debe!.. Explícate, Rosalina. Ve que le ofendes.

— Perdona, Adriana. Son temores hijos de mi cariño. Creo que no hay hombre que merezca el tesoro de tu ternura. Creo que vales tanto que no existe ninguno digno de ti.

Celestial sonrisa entreabrió los labios de la dulce niña. Su preocupación se disipó como por encanto, y

se arrojó en los brazos de su hermana, imprimiendo apasionados besos de gratitud en su frente.

Una criada, entrando sin ceremonia, cortó tan interesante escena.

— Esta carta para la señorita Adriana — dijo presentándola.

— Será de Paco — murmuró la joven, despidiendo con un ademán á la doméstica.

Mas apenas la hubo leído, su rostro se demudó, cubriólo intensa palidez, se puso en pie de un salto y con vibrante entonación gritó:

— ¡Él!, ¡él! ¿Paco me olvida y se vende? ¡Miserable!

Su fisonomía expresó tan profundo trastorno, que Rosalina se apresuró á sostenerla, diciendo:

— Adriana mía, vuelve en tí, odia á ese hombre tanto como le has amado.

— ¡Odiarle... yo! Sería honrarle mucho. Lo desprecio, y arranco de mi corazón su imagen como destrozo este papel.

Lo hizo, en efecto, arrojando por el suelo sus pedazos. Pero aquella ficticia energía dió pronto lugar al sentimiento, y refugiándose en los brazos de su hermana, exclamó con voz ahogada por los sollozos:

— ¡Le amaba tanto!

Un mes después decían todos los periódicos de la corte:

«Anoche se verificó ante numerosa y distinguida concurrencia el enlace de nuestro amigo D. Francis-

co Montes con la bella y opulenta señorita doña Teresa Barrios. Al desposorio siguió el baile, y á la una fueron obsequiados los convidados con un espléndido *lunch*. Los novios salen hoy con dirección á Italia. Les deseamos toda clase de felicidades.»

III

Paco y Teresa viajaron durante la luna de miel por Italia, Bélgica y Suiza.

Los dos primeros meses se adoraron; al tercero, el apasionado fuego que los animaba empezó á enfriarse; al sexto, uno á otro se daban tedio y determinaron volver á Madrid, donde aumentaron el número de los matrimonios á la moda.

Montes, que como sabemos se casó por interés, sufrió la decepción de ver que su esposa conservaba la absoluta dirección de sus negocios, sin permitirle intervenir en nada, ni dejarle otras atribuciones que las de gastar cuanto quisiera, y por vengarse de este fracaso, gastaba sin tino y corría de placer en placer, buscando, por distracción, el fruto prohibido. Mas pronto el hastío se apoderó de él, y á menudo volvía los ojos á su desierto hogar, pensaba con dolor en Adriana y envidiaba la dicha de la familia.

Teresa, joven frívola y coqueta, de cabeza ligera y ningún corazón, se había casado por vanidad, encantada de la hermosura de Paco y orgullosa de haber conquistado al niño mimado de la alta sociedad, al

predilecto de las damas: como no le amaba, aceptó gozosa la libertad que le otorgaba, quedando reducido su mutuo trato á una afable y común cortesía.

En el primer aniversario de tan *venturosa* unión y al comenzar la noche, Teresa se entretenía en su lujosa estancia en preparar flores y plumas.

— ¿Se puede? — dijo desde la puerta una voz varonil.

— Entra, Paco — respondió Teresa.

Entró, en efecto, y preguntó con indiferencia, tendiéndose en una butaca:

— ¿Cómo te va?

— No tan bien como á ti. ¡Oh, dichosos los ojos que te ven, calavera!

— ¡No estás nunca en casa! Estos días me ha sido imposible comer contigo, y cuando he venido á verte siempre estabas fuera.

— Sí. ¡Amigas, tiendas, qué sé yo! Madrid es un torbellino, y se pasa la vida sin sentir.

— ¿Te divertiste en el baile del embajador?

— Mucho.

— Me han dicho que estabas encantadora y muy animada.

Ligero estremecimiento agitó á Teresa.

— ¡Animada! — murmuró. — ¡Como siempre!

— Que te dedicaba toda su atención tu antiguo adorador el vizconde de C...

— Galanterías naturales, nada más.

— ¡Pero qué malévolo es el mundo! Ya han venido

á decirme que si el vizconde se mostró expresivo y tú afectuosa, que si empiezo á ser marido... cándido, que si es peligrosa la libertad en que te dejo...

— ¿Y nada has contestado?

— Sí, por cierto. He dicho que tengo en ti absoluta confianza, y además que tú no arrojarás una mancha en mi honor, sabiendo como sabes que si tal hicieras... la lavaría con sangre. Te mataría.

Teresa se incorporó vivamente como si hubiese sentido la picadura de una víbora, y clavando en su marido una mirada terrible:

— ¿Es una advertencia? — preguntó.

— No, hija mía, es lo que respondí.

— Está bien. Pero te aconsejo que dejes esos aires de Otelo que te sientan muy mal. Nuestra situación no se presta al drama; falta la pasión.

— Es verdad, por eso tolero tu indiferencia. Mas debo velar por mi honor y evitar el ridículo papel que hacen algunos maridos.

— ¿Y las mujeres abandonadas y despreciadas no lo hacen ridículo?

— Dejemos esta conversación, Teresa, te lo ruego. Entraríamos en el camino de las recriminaciones, y detesto las escenas violentas.

— Como quieras.

— ¿Vas esta noche al baile de la condesa?

— Sí.

— Yo también he prometido asistir. Si quieres, iremos juntos.